



Tristes recuerdos

[1]



de los que hasta la fecha no había hecho partícipe a nadie — no por no darlos a conocer puesto que, como la que se había comportado de forma sumamente reprobable había sido su nuera y no su hijo, que era una bellísima persona y muy trabajador y muy buen hijo pendiente siempre de su madre, ella no tenía nada que ocultar ni de qué avergonzarse sino por evitar que la niña, su nieta, fuese mirada con conmisericordia por la vecindad que, deseoso cada individuo (y sobre todo las “individuas”, puntualizó doña Isidora arremangando la nariz) de dejar patente su buen corazón, la asaetearan con constantes condolencias y “pobre angelito, tan pequeña” venga pasarle la mano por las trenzas y dándole besos y preguntando “¿de quién te acuerdas más, de tu papá o de tu mamá? hasta que la criatura terminase llorando — pero, ahora, ya fuese porque con motivo de la tacita de harina para el bizcocho o del vestido de organdí desteñado por culpa de un edredón sin centrifugar (que a quién se le ocurre) “hemos entablado amistad” dijo la abuela y cogido un algo de confianza, se animaba a desvelar la verdad de una historia un tanto rocambolesca que había sido la oficial consistente en que los padres de la niña habían fallecido en trágicas circunstancias nunca estuvo muy claro (a doña Isidora siempre que lo recordaba le daban taquicardias y perdía la noción del tiempo y del espacio) si en el hundimiento del Titanic o en la erupción del Krakatoa y confiarles que la verdad era muy otra pero no, quería que esto quedase claro, por chismorrear ni poner verde a su nuera sino para dar la explicación comprensible y razonada de que la niña viviese con ella.

No continuará¹

¹ O no por lo menos — creo que ya he advertido en alguna parte que iba a cambiar de rumbo —por ese camino porque, según dice mi

Tristes recuerdos

[2]

amigo, tengo que llevar en mente que no soy Shakespeare, y no siendo Shakespeare esas historias quedan — no viéndose aderezadas del fino análisis psicológico y de toda la carga dramática de que supo imbuirlas el dramaturgo inglés — reducidas a tan sólo a un vulgar e insufrible dramón de porteras, sin calidad ninguna.